

RESEÑA DE LIBROS

En el año de Cervantes La Ruta de Don Quijote

Socorro Inés Restrepo Restrepo



Azorín

La Ruta de Don Quijote
Obras Completas
Biblioteca Nueva
Madrid. 1962

Azorín, José Martínez Ruiz, quizá una de las más brillantes plumas de la Generación del 98, nació en Monóvar, pueblo alicantino en 1873. Desde la infancia mostró su inclinación por las letras; dedicado al periodismo, fue además viajero incansable por los pueblos de España, de los que dejó bellos y emotivos trazos en varias de sus obras. Llevó siempre en el alma a Cervantes, y dedicó al Ingeniosos Hidalgo varias de sus mejores páginas. En 1905 recorre el mismo camino de don Quijote, como dice Ángel Cruz Rueda, quien hace la semblanza de Azorín para las Obras Completas de la Biblioteca Nueva: *a partir de Argamasilla, en un carrito tirado por mulas. Escribía los artículos con lápiz, en los caminos y posadas.*

Escrita en primera persona como casi todo lo azoriniano, La Ruta de don Quijote es el recorrido lleno de sentimiento, de don Alonso Quijano. Breves pinceladas para describir una estancia, un paisaje, una persona; identificado desde el momento mismo de su partida, con don Quijote, replica su camino con gran devoción y respeto. Gran conocedor de la vida y de los hombres, observa aquellos manchegos para los que no parece transcurrir el tiempo y que sienten a don Alonso, orgullosos y nostálgicos como si fuera una realidad presente.

Inicia la partida hacia *las ciudades y las pequeñas villas de la Mancha y de la estepa castellana que yo amo*. La primera posada es la fonda Xantipa, en Argamasilla de Alba; empieza el ensueño: *Don Alonso Quijano el Bueno está sentado ante una recia y oscura mesa de nogal, y sus miradas de la blanca hoja del libro pasan súbitas y llameantes a la vieja y mohosa espada que pende de la pared. Están en Argamasilla de Alba en 1570, en 1572, o en 1575. ¿Cómo es esta ciudad hoy ilustre en la historia literaria española? ¿Quién habita en sus casas?*

El lector de Azorín empieza a adentrarse en el “*pueblo andante*”, como le llama, que continuamente ha cambiado de localización, hasta llegar a su asentamiento definitivo. En Argamasilla, Azorín pierde la noción del tiempo, le envuelve el ambiente del pueblo propicio a *las voluntades solitarias, libres, llenas de ideales, como la de don Alonso Quijano el Bueno*. De Xantipa va a Puerto Lápiche, para ir a la venta famosa donde Don Quijote fue armado caballero, la que conserva a trechos, parte de su empedrado, y Azorín con los ojos del corazón mira todos sus espacios, todo el trasegar de una fonda caminera, punto de encuentro de viandantes de todos los horizontes. Luego va camino de la Ruidera, para acercarse a la cueva de Montesinos, que produce en este viajero *dolorosas remembranzas*.

Llega a Criptana, ya de noche. Sentado a escribir, se le ha apagado la vela, se ha quedado en tinieblas. Llama a las mujeres de la casa, quiere describir con la emoción de momento, con el recuerdo fresco del camino, *los molinos en lo alto de la colina; la llanura bermeja, monótona, rasa*. Después de cenar, sale a recorrer aquel pueblito olvidado, perdido en la geografía española, pero no en la literatura, pero no en los cervantinos del mundo entero. Describe sus calles oscuras, los balcones fijados en el tiem-

po, los pasos furtivos de los pocos pueblerinos que se aventuran en la noche: *hay un placer íntimo, profundo, en ir recorriendo un pueblo desconocido entre las sombras*. Al día siguiente va a los molinos, *en lo alto, dominando al pueblo, asentados sobre la loma, los molinos surgen vestustos*. Empiezan a moverse las aspas, las velas han quedado tendidas, el viento es fuerte, se oye el rumor sordo de unas máquinas que en el tiempo de Don Quijote eran verdaderamente novedosas. Y se pregunta Azorín: *¿Cómo extrañar que la fantasía del buen manchego se exaltara ante estas máquinas inauditas, maravillosas?* En Criptana también encuentra a Sancho Panza. Son los hombres de Criptana que se han metido en el recuerdo total del fiel escudero. Se enorgullecen de su sabiduría y de su simplicidad; para ellos don Quijote está incompleto sin Sancho, y es en Criptana donde aun vaga su espíritu.

De Criptana pasa a El Toboso. *Hay algo en las proximidades de este pueblo que parece como una condensación, como una síntesis de toda la tristeza de la Mancha*. Es un pueblo en el recuerdo: las casas están en ruinas, las calles silenciosas, sin que nadie pase por ellas, la plaza un ancho espacio solitario. *¿Era realmente Dulcinea esta Aldonza Zarco de Morales, de que hablan los cronistas? En El Toboso abundan los apellidos de Zarco; la casa de la sin par princesa se levanta en un extremo del poblado, tocando con el campo*. De la casa, lo que queda de ella, está agrietada, los muros de piedra sostenidos con barro, en lo que quizá fue huerta, tirados, abandonados, dos blasones que en algún tiempo, adornaron la fachada.

Pero sin en Criptana están los Sanchos, en El Toboso están los Miguelistas; no hablan de Cervantes, sino de Miguel, a secas. Ahí están sus raíces, ¿razones? La lógica de la simplicidad, *¿Y no están diciendo que era manchego todos los nombres de los lugares y tierras que él cita en el Quijote y que no es posible conocer sin haber vivido aquí largo tiempo, sin ser de aquí?* Las discusiones de los Académicos los tienen sin cuidado; las desprecian; dicen conservar el que pudo ser escudo de la familia de Cervantes.

Azorín termina su recorrido en el Alcázar de San Juan. Allá parece encontrarse la alucinación, el desvarío, la quimera, la imaginación desatada, como parte de la identidad de un pueblo. La fantasía exaltada, *¿No es esta la patria del gran ensoñador don Alonso Quijano?*

Termina La Ruta de don Quijote, con una Pequeña Guía para Extranjeros, y con lo que llama un Apéndice Gazpachero, fechado años más tarde, que no es sino la fórmula para hacer buenos gazpachos.